

**Wendy Menéndez,**  
**Ex Becaria Monbukagakusho del gobierno japonés**



Hola a quien lee estas líneas.

Hablar sobre cómo mi vida cambió luego de ser favorecida con una beca del gobierno que representa la nación del sol naciente es hablar de un punto de inflexión. Nada ha impactado más en mí que mi paso por Japón. Así de contundente, así de real, definitivo.

He tenido gran dificultad en decidir qué escribir, puesto que son innumerables las vivencias, las experiencias que a lo largo de los años experimenté durante mi estancia como becaria en Japón.

Recuérdome recién graduada de la universidad como Doctora en Cirugía Dental, y con la "cosquilla" de aprender más. Aquel era un tiempo de un El Salvador sin internet, ni computadoras, ni celulares (o por lo menos yo no los conocía...). Un tiempo en donde se creía que las oportunidades como las becas eran un sueño imposible, que "ya estaban dadas". Fui la mejor de mi promoción universitaria, y era una estudiosa comprometida. Quería ir por más, y cuando una ex catedrática que me apreciaba

mucho me habló sobre la oportunidad de beca que el gobierno japonés ofrecía, me dijo: miro los requisitos y tú los cumples. Ve, y aplica. Y así lo hice. Con mucha fe, me sometí al proceso de selección, muy riguroso, y cuando se me informa sobre la asignación de la beca, me emocioné como nunca. Pensaba entonces que Japón era un lugar en donde aprendería muchas cosas, no solo las académicas, y les digo que así fue. Se sorprenderían de todo el aprendizaje que viene asociado.

Llevaba tres propósitos en mente: Uno, Estudiar, profundizar en mi carrera, conseguir mi anhelado doctorado en filosofía; dos, conocer y descubrir lo que convirtió a esa maravillosa nación en lo que hoy es luego de la devastación histórica posterior a la segunda guerra mundial. Yo decía, si ellos pudieron, El Salvador también, luego de nuestra guerra civil. Entonces entender la magia, lo que ellos tenían era importante; y tercero, regresar y dar mi humilde aportación a mi país.

Mi traslado a Japón nunca representó un shock, al contrario, el shock mas bien lo viví al volver, pero de esto hablaré más adelante.

Partí, sin contar con una dirección de llegada, solo tenía mis boletos y la promesa que en el aeropuerto de entrada a Japón habría alguien esperándome, solo eso. Confié. Ciertamente los japoneses cuando dicen algo, lo cumplen. Ahí comencé sin darme cuenta a encontrar los elementos claves que los convierten en la nación que son.

Todo salió exacto de acuerdo con la planeado, al mejor estilo japonés.

Viví en una residencia de estudiantes asociada a la Universidad de Kyushu, donde estudié. Esta Universidad es una de las siete Universidades Imperiales de Japón. Gran honor para una señorita de un pequeño país que nadie allá conocía...

Inicialmente como estudiante de investigación (kenkyuusei) tuve la oportunidad de optar para el programa doctoral (Hakase gakusei) mediante la presentación

de un examen, el cual aprobé. Y eso significó cumplir con un sueño académico que, en el país, por aquella época era imposible obtener; y por tanto me quedé por varios años en Japón, pues tuve oportunidades de trabajo en donde conocí gente maravillosa, y lugares inolvidables.

La Universidad de Kyushu es un sitio de estudio imponente. La solemnidad japonesa se miraba por doquier. Contaba con una biblioteca que daba gusto visitar. Encontrabas cualquier bibliografía y cuando no estaba disponible, bastaba con una gestión para que los encargados la consiguieran en cualquier parte del mundo. Tiene un hospital asociado, y el de Ciencias Dentales era uno especializado del primer mundo.

Una de las cosas que más recuerdo fue el sentido de pertenencia de la gente, y su alto compromiso institucional. Los miembros del departamento de Odontopediatría eran una gran familia. Una anécdota que viene a mi memoria fue a la noche de mi primer día de estudios en el campus universitario cuando al volver a mi departamento encontré frente a la puerta y colgando de la perilla, cajas y bolsas conteniendo de todo: sábanas, cacerolas, platos, tazas, ropa, etc etc... Yo me pregunté: ¿qué es esto? Y luego una nota que respondió a mi pregunta: "de tu nueva familia de la universidad". ¿Al mismo tiempo me preguntaba cómo esas cosas estaban intactas en el pasillo, como es que no las han robado? (tomando en cuenta mis experiencias en El Salvador) ...Mas tarde me familiaricé con el concepto de la solidaridad que la gente maneja en función del bien común. Tu estas bien, yo estoy bien. Otra clave de aprendizaje.



El estudio fue riguroso. Autónomo. Todos tomaban la responsabilidad sin que hubiera seguimientos. Los planes de trabajo eran respetados alejados de la improvisación. Eso lo aprendí y a la fecha rige mi actuar, aunque no es fácil en un El Salvador donde lo urgente se impone a lo importante. Donde “andar tapando hoyos” es lo que se acostumbra...

La gastronomía y en términos generales la cultura fue algo que me enamoró, aunque no fue siempre sencillo, ¡como aquella ocasión en la que confundí al “wasabi” por aguacate!

El esquema formal de la beca era simple. La universidad como contraparte del gobierno japonés a través del Ministerio de Cultura administraba todo lo relacionado a los estudios (que por cierto jamás habría podido pagar sino hubiera sido becada), y el gobierno me asignaba un estipendio para cubrir mis necesidades básicas. Hasta el día de hoy, y hasta el día que transite a la eternidad estaré eternamente agradecida con el gobierno y el pueblo de Japón.

Mi área de experticia se relacionaba con el estudio y el desarrollo de estrategias de atención en niños en condición de vulnerabilidad, que en la mayoría de los casos no pueden acceder a la salud curativa, mucho menos preventiva. Los tratamientos de atención restaurativa atraumáticos estaban al centro de mi interés como parte de mi formación profesional; pero también el estudio clínico de casos mediante la mirada a cohortes longitudinales en el tiempo para entender la relación entre el impacto y la relación que tiene la intervención quirúrgica a más temprana o más tarde en edad en niños para corregir condiciones tales como labio leporino y paladar hendido (condición predominante a razón genética en la población nipona) en el desarrollo del lenguaje, era también de mi interés profesional, interés basado en que además de la salud tengo formación profesional asociado al área de la educación.



Además de mi actividad de formación académica, tuve la oportunidad de ayudar en un gobierno local. Esto facilitó mi trabajo como asistente docente en cuatro escuelas primarias de la localidad de residencia. Ayudaba a los niños en función de un aprendizaje abierto al mundo, para que ellos pudieran aprender de otras culturas. Así fue como me involucré con la comunidad educativa enseñando idioma inglés y español. Fueron tiempos enriquecedores, ya que los niños son sinceros y muy dados a amar. Por aquel tiempo se dieron los terremotos en El Salvador, y ellos





espontáneamente se organizaron para hacer colectas y donativos para enviarlos. Unos niños compusieron una canción que la dedicaron a los niños de El Salvador. Fue emocionante ver que a partir del amor que me tenían, amaban a otros y a un país que solo conocían mediante mis historias. Me sentí muy honrada de ser embajadora del Pulgarcito.

Participé de muchas tradiciones. Comparto dos de ellas que se desarrollan en la ciudad que considero mi segundo hogar.

### YAMAKASA.

El HAKATA GION YAMAKASA, es uno de los festivales más divertidos que viví en Fukuoka.

Cada primera quincena del mes de julio sucedió. Durante 14 días, equipos representantes de siete distritos de Fukuoka practicaban carreras en preparación de la carrera oficial del 15 de julio.

Los equipos competían empujando unas carrozas bellamente decoradas llamadas "Kakiyama", de 5 metros de alto y de una tonelada de peso. Los participantes ataviados de forma que a mis ojos era "muy peculiar", corrían en las calles céntricas de Fukuoka desde el punto de partida frente al Templo Kushida hasta la meta, cargando las pesadas carrozas, empujando con todas sus fuerzas y haciendo unas curvas no aptas para cardíacos.



## TORNEO DE SUMO EN EL CENTRO INTERNACIONAL DE FUKUOKA.

Una de las cosas de las que estuve enamorada desde que lo conocí es el deporte llamado Sumo. La increíble fuerza y vigor, asociada con el tremendo respeto que sorprendentemente ocurre en la arena de este deporte de contacto físico, es lo que me atraía.

El Honbashi consistía en un ciclo de seis torneos de Sumo, que se desarrollan en Japón. Tres de ellos en Tokyo en el Ryogoku Kokugikan, y los demás en Osaka, Aichi y Fukuoka, este último fue el que pude ver presencialmente en el Fukuoka Kokusai Center.

Cuando lo ví en persona entendí que verlo por televisión nunca puede transmitir la intensidad de lo que se siente estar en medio



de una inmensidad de personas sentadas alrededor de la arena, sosteniendo el aliento, completamente en silencio, momentos antes que los luchadores emplazados atrás de sus líneas blancas de partidas, esperando por el momento justo de envestir.

En mi tiempo pude ver en acción al gran Takanohana vrs. Akebono. Y también, era la época de su hermano Wakanohana. ¡Los dos son grandes de la historia del Sumo

en Japón que alcanzaron el grado de Yokozuna, y lo mejor es que fui testigo de varias de sus batallas en Fukuoka!



*Con Geishas en el Fukuoka Kokusai Center*

El día que me gradué fue importante, y triste pues debía volver, aunque esperanzada de llegar y con ganas de aportarle a mi El Salvador.

El regreso fue desafiante, volvería de nuevo a la improvisación, la impuntualidad, la desorganización, altos niveles de criminalidad, etc. Lo bueno es que no obstante esa realidad, el amor a la patria, y el entender que



todos somos responsables y todos tenemos parte en hacer del nuestro un mejor país, fui insertándome, y a la fecha desde la educación superior estoy trabajando en pro de la formación de profesionales más competentes, y más amorosos, ya que el servicio profesional y la educación están fundamentados y son en esencia actos de amor.